

ahogarse en el lodazal; la gente distinguida tiene buen cuidado en moderar sus goces, no para limitarlos, sino para utilizarlos de un modo más completo.

**7. Cómo el placer de los sentidos roe al hombre y á la humanidad.**—Pero si alguien cree poder explotar la sensualidad, mucho se engaña; si alguna vez se equivocó el mundo, fué precisamente en eso. No es el hombre quien explota el placer sensual; por el contrario, él mismo es explotado, agotado y consumido por éste. Puede aplicarse aquí literalmente lo que un proverbio dice de ciertos matrimonios: El viejo que se casa con mujer joven sacrifica su dinero, su honor y su cuerpo.

Con razón un dramático insigne hace decir á la lascivia, que, amor condenado por Dios, brinda al hombre dorado veneno, preparando con halagüeño hechizo su ruina y su muerte; doméstico gusano, que en sus venas y de su propio humor se cría, alimentándose del hombre mismo. <sup>(1)</sup>

¡Ah! ¡Para cuántos millones de personas es eso la pura verdad! Ellas mismas se dan como alimento á la voluptuosidad, á la intemperancia, á los desórdenes; lentamente, trozo á trozo, las han devorado las pasiones, no como los leones devoraron á los acusadores de Daniel en la cueva de Babilonia, antes que hubiesen llegado al suelo, sino como las anguilas de Vedio Polión comían á los esclavos, jugando, desgarrándolos á jirones.

Puede verse aquí millones de veces, y por los propios ojos, con cuánta verdad dice la Sagrada Escritura que la muerte es el fruto del pecado. <sup>(2)</sup> ¿Quién no ha conocido á personas que fueron lentamente paralizadas, enlazadas, destrozadas y devoradas por ese gusano roedor? ¿Quién no podría citar generaciones que fueron enervadas, agitadas y aniquiladas completamente por ese callado monstruo? Las casas más ilustres, los pueblos más vigorosos, los hombres que más prometían ¿no fueron presa del funesto placer sensual?

(1) Calderón, *La nave del mercader*.

(2) Rom., VI, 23.

En tanto que los medas y los persas evitaron esos desórdenes fueron los más nobles y los más valerosos pueblos de Asia; pero cuando cayeron en la voluptuosidad que se hizo proverbial después, cuando entre ellos quien inventaba un nuevo género de placer era recompensado por el gobierno, <sup>(1)</sup> se quebró su energía, y ya no conservaron ni aun la capacidad de sentir su vergüenza y su ruina. <sup>(2)</sup> Los romanos habían encontrado en los galos enemigos ante los cuales ellos mismos temblaban; su terror no fué de larga duración; la sensualidad <sup>(3)</sup> y la embriaguez <sup>(4)</sup> incorregibles de esas tribus, fueron para ellos un medio de vencerlos; <sup>(5)</sup> y por fin, aquel pueblo tan bien dotado desapareció completamente ante sus conquistadores. Por eso dice con razón Plutarco de ese mal que quebrantó y subyugó á tantos hombres: «La sensualidad es un monstruo que arruina el cuerpo, quebranta las fuerzas y rebaja á los hombres al rango de esclavos. ¡Y si á lo menos fuese un monstruo salvaje! ¡Si á lo menos este enemigo luchara abiertamente y no apelase á la traición y á los halagos! Pero precisamente por eso es más funesto; nos arruina y nos aturde con disimulada astucia». <sup>(6)</sup>

**8. La pretendida sensualidad sana ó refinada es malsana.**—Que no se busque consuelo en el falso pretexto de que eso únicamente debe aplicarse á los desórdenes groseros y desvergonzados; las gentes distinguidas creen siempre que con tal de revestir el placer con maneras elegantes, velándolo con ligero manto de aparente decencia, cesa de ser vulgar y pernicioso; hasta inventaron, para su imprudencia rodeada de cierto ceremonial, el protector nombre de *sana sensualidad*, todo lo cual no es más que una ilusión seductora.

(1) Aristójeno, *Fragm.* 15 (Müller, *Fragm. hist. græc.*, II, 276). Clearco, *Fragm.* (Müller, *loc. cit.*, II, 307).

(2) Clearco, *Fragm.*, 12 (Müller, *loc. cit.*, II, 307).

(3) Strabón, 4, 4, 6; 5, 4.

(4) Polibio, 2, 19, 4; 11, 2, 1. Diodoro, 5, 26, 2, 4.

(5) Tácito, *Agrícola*, 11.

(6) Plutarco, *Fragm.*, 20 1, 2, 4 (Stobeo, *Floril.*, 6, 42, 43, 45).

Nunca la sensualidad obra de un modo más perjudicial y contagioso que cuando logra revestirse de esos encantos; el refinamiento en los placeres sensuales es precisamente el mejor medio de cautivar á los que tienen rectas intenciones y á corazones que aspiran á una cultura más elevada. ¿Quién no procuraría esencialmente la moral y el decoro en sus relaciones? ¿Quién no estimaría las artes y las ciencias? Si, pues, se logra poner esos bienes al servicio del placer sensual, se da al mal un manto para cubrirse y una carta de recomendación, con la cual se insinúa aun allí donde se le cerraría la puerta si se presentara en su verdadero aspecto.

Estas palabras son duras; lo conocemos; pero lo que tienen de más duro es que son absolutamente ciertas. Que pregunte á la historia quien crea demasiado severo nuestro juicio; ella le confirmará siempre lo que acabamos de decir; si quiere tener una prueba innegable, no necesita más que considerar la época de Pericles ó la de Luís XIV y Luís XV.

En cuanto á esta última no hay divergencia de opiniones; la mayor parte creen no poder expresar bastante su indignación moral, de tal suerte que á veces casi se es tentado de apetecer que sean más moderados, más verídicos, y por lo mismo más serios.

Mucho menos se admite respecto de los griegos, esos niños mimados del Humanismo; puede perfectamente considerarse como el juicio de todo el mundo civilizado el que expresa Rückert con estas palabras: «Sólo fué digna de alabanza la vida una vez, cuando la bella humanidad era la más alta aspiración del hombre; únicamente los griegos fueron sanos de cuerpo y de espíritu; nuestra sociedad no es más que un hospital de tísicos». <sup>(1)</sup>

Conforme á esa manera de ver se educa á nuestra juventud, y gracias á esos principios, avanzan en la vida los adultos sintiendo un disgusto cada vez mayor hacia el concepto cristiano del mundo. Casi ningún día dejamos de

(1) Fr. Rückert, *Weisheit des Brahmanen*, 1, 84.

hallar en un libro, en un periódico, la frase de que solamente los griegos tuvieron una existencia digna del hombre, porque ellos solos consiguieron resolver el gran problema de la vida, el problema más noble, es decir, alcanzar el verdadero Humanismo en la realización de una sensualidad sana, y que el Cristianismo se mostró como el mayor enemigo de la humanidad, destruyendo esa adquisición sublime, que por esta razón es el fin último á que debe aspirar la civilización moderna para resucitar el culto de la sana sensualidad á ejemplo de los antiguos griegos.

Si no protestamos con toda la cólera de que es capaz el corazón contra esta apreciación irritante, hay que atribuirlo á que hemos adquirido en las aulas esta manera de ver, pero no dejaríamos de hacerlo si comprendiésemos nuestro deber y nuestro honor. Aun los paganos mejores se ponían en guardia contra semejante concepto de la vida. ¿Qué sensualidad sana es esa? pregunta Plutarco. Y responde: Es la pasión sensual que turba la razón, que no conoce más goce que el desorden, que conduce consciente y alegremente á los actos más vergonzosos. Son espíritus desordenados los que dicen con Mimnermo: «No se me hable de vida ni de placer donde no esté Venus. Moriría en el instante, si me prohibiesen todo divertimento amoroso, día y noche, según lo inspire el placer sensual, cuando la sangre voluptuosa se inflama á los encantos de la belleza». Son disolutos que se precipitan con toda su alma en el fango de los placeres y que, al obrar así, dicen con el poeta: «Comer y beber bien, abrazarse; esa es la verdadera vida; todo lo que no sea eso, nada vale». <sup>(1)</sup>

Si, en efecto, se quiere conocer en toda su extensión el mal que la sensualidad refinada puede producir, hay que echar una ojeada á los griegos tan alabados, especialmente á los atenienses. Si mucha era la sensualidad y la pereza de los demás griegos, en Atenas todavía eran mayores. Á los ojos de muchos censores, es ya un crimen

(1) Plutarco, *De virtute morali*, 6.

censurable que los trabajadores cristianos tengan un día de descanso al cabo de seis de penoso trabajo. ¿Qué dirán esos amigos de la laboriosidad, cuando sepan que los atenienses no solamente nada hacían los días laborables, ya tan raros entre ellos, sino que celebraban más fiestas que el resto de la Grecia, la cual, sin embargo, no era ni mucho menos avara de ellas? Los mismos atenienses decían que los negocios políticos y judiciales sufrían perjuicio por las numerosas fiestas que celebraban. <sup>(1)</sup> Ningún gasto parecía excesivo cuando se trataba de pompas y de juegos públicos. <sup>(2)</sup> Los jóvenes pasaban todo el día en el juego y en los festines, disipando su enojo flautistas y bailarinas; habían perdido el sentimiento y la necesidad de cosas más nobles. <sup>(3)</sup> Pero ¿cómo atreverse á reprochar por ello á los jóvenes y ni aun al pueblo en general? ¿Procedía mejor Sócrates? Verdad es que censuró esa vida; <sup>(4)</sup> pero, no obstante, tomó parte en esas diversiones, y aun en otras peores. <sup>(5)</sup> Cuando leemos de él, censor de las costumbres, que fué, como el resto del pueblo, cogido en los lazos de ese demonio cuya elegancia seductora es responsable de la caída de Atenas, al decir de los historiadores antiguos, cuando oímos decir que se jactó públicamente, en las lecciones que daba á sus discípulos, de tener á Aspasia por querida; <sup>(6)</sup> cuando sabemos que había aconsejado á sus amigos llevar á sus hijos, <sup>(7)</sup> y aun á sus mujeres, <sup>(8)</sup> á casa de aquella triste criatura, para que recibiesen una educación distinguida, podemos comprender lo que era para el pueblo la sensualidad refinada. Entonces podemos comprender cómo sucumben los espíritus más nobles cuando un

(1) Jenofonte, *Athen.*, 3, 2, 2, 8.

(2) Jenofonte, *Mag. equit.*, 1, 26. Plutón, *Gloria Atheniens.*, 6.

(3) Isócrates, *Areopag.*, (7) 48; *De permutation.*, (15) 286; Alcifron., *Ep.*, 1, 12.

(4) Platón, *Protagoras*, 32, p. 347, d.

(5) Jenofonte, *Conviv.*, 2, 11.

(6) Platón, *Menexenus*, 3, p. 235, e. Cf., Jenofonte, *Mem.*, 3, 11. Máximo Tyr., 24, 4. Sinesio, *Dio* (Migne, p. 1156, d. y sig.

(7) Máximo Tyr., 38, 4.

(8) Jenofonte, *Æconom.*, 3, 14. Cicerón, *Invent.*, 1, 31, 51.

simple oropel exterior usurpa el nombre de civilización; entonces ya no nos asombramos de que Platón mismo hiciese que Lasthema y Axiothea fuesen vestidas de hombres á su cátedra, en medio de sus alumnos; <sup>(1)</sup> entonces no es ya difícil de creer lo que narran los antiguos historiadores, y con tal encarnizamiento niegan los modernos; que precisamente para complacer á Aspasia encendió Pericles la guerra de Samos y la del Peloponeso, que fueron el principio del fin de Grecia; <sup>(2)</sup> entonces comprendemos cómo aquellos atenienses de modales tan distinguidos, podían confiar, muerto Pericles, sus destinos á un negociante en carneros, Lysicles, de condición humilde, por la única razón de ser el sucesor de Pericles en el favor de aquella odiosa persona. <sup>(3)</sup>

Nuestros humanistas no acaban nunca de admirar á los griegos por su sensualidad absolutamente sana, y de compadecernos porque no nos es lícito imitarlos en eso. Justifican y hasta canonizan lo que los antiguos mismos confesaron públicamente como vicios, y que no trataron siquiera de excusar. Reírían de muy buena gana los griegos si viesen cómo nuestros panegiristas de la antigüedad defienden, con el sudor de su frente, en los antiguos, lo que éstos mismos francamente deploraron.

En cuanto á nosotros, creemos—y después de lo dicho no perderemos una palabra más en el asunto,—que tal sensualidad merece el nombre de malsana, y aun de mortal para el hombre y la sociedad, para las costumbres, el Estado y la humanidad en general; y tenemos en esto de nuestra parte la confesión franca y sincera de la antigüedad misma. <sup>(4)</sup>

### 9. La sensualidad malsana, corrompida, contra naturaleza, es una consecuencia y un castigo del pe-

(1) Diógenes Laert., 3, 46; 4, 2. Cf. Clemente Alex., *Strom.*, 4, 19, 122.

(2) Plutarco, *Pericles*, 24, 2; 25, 1. Aristófanes, *Acharn.*, 524-539, Clearco, *Fragm.*, 35 (Müller, *loc. cit.*, II, 482).

(3) Plutarco, *Pericles*, 24, 6.

(4) Archytas Tarentin. apud Cicero, *De Senect.*, 12, 40, 41 (Müllach, *Fragm. philos. Græc.*, I, 563 y sig.).

cado.—Pero no es tan sólo la antigüedad quien emite ese juicio; es también la voz general de la razón. En todo tiempo, la humanidad obedeció más que á ésta á los instintos sensuales, y por eso Dante encuentra verdad que el mayor número de los que no consiguen el verdadero fin de la humanidad se compone de infelices esclavos del placer sensual: «Supe que se condenaba á este suplicio las sombras carnales que habían supeditado la razón á los placeres de los sentidos. Como el frío hace emprender á los estorninos un vuelo irregular, así esta tormenta arrastra, hace chocar, rechaza, y vuelve á traer las almas culpables sin que ninguna esperanza de tregua ni de alivio venga á inspirarles valor». <sup>(1)</sup>

No obstante eso, el espíritu humano conservó intacta la convicción de que la sensualidad, en nuestro actual estado, es malsana, corrompida y mortal.

Solamente la cuestión relativa á la procedencia de la naturaleza sensual no es clara para la razón. En una profunda leyenda sobre la creación del hombre, la mitología alemana culpa de ella á Loki, el malo. «Odín dió el alma, es decir, el espíritu y la vida; Hœnir el sentido, esto es, la inteligencia y la acción; pero de Loki, ser anatematizado por los dioses y por los hombres, procede la sangre y el color brillante». De ese modo se encuentra perfectamente expresada la significación de aquella dádiva, indispensable como calor de la vida, y funesta como sensualidad; pero la idea de que el mal que encontramos en nuestra naturaleza sensible procede de Dios ó de una potencia maléfica exterior al hombre, es naturalmente falsa; nos parece inútil insistir después de lo que hemos dicho concerniente al origen del mal.

La mala sensualidad procede también del mismo origen que todos nuestros males. Sería duro é injusto querer acusar á quien gime en penosas luchas, diciendo que son sus propios extravíos los que produjeron esa víbora en su sangre; sin duda es cierto, y jamás se repetirá bastante, que

(1) Dante, *Inf.*, 5, 37 y sig.

frecuentemente, muy frecuentemente acaso, la negligencia y la propia falta aumentan y fortifican la sensualidad; sin embargo, su origen está en otra parte. Apenas despierta, la encuentra ya en sí la juventud; los jóvenes, cualquiera que sea su sexo, no necesitan comenzar por despertarla; se adelanta ella, y desencadena terribles tempestades. Triunfando, ennoblecerán y purificarán su corazón; pero el éxito del combate es muchas veces su ruina. No nos espera, pues no necesita artificiales medidas para surgir á la vida; parece hermana gemela de nuestra naturaleza, dice Máximo de Tiro, tan estrecha y fuertemente está enlazada con ella. <sup>(1)</sup>

De hecho, así es. La traemos con nosotros al nacer; la traemos innata en nuestra naturaleza, absolutamente como la muerte; de todos los males en que durante la vida gemimos, el más peligroso y el más vergonzoso es la mala sensualidad, prueba de la corrupción hereditaria, consecuencia y castigo del primer pecado.

**10. Las opiniones contradictorias acerca de ella son una prueba de la intensidad de su corrupción.**—Lo que demuestra cuánta es la alteración sufrida por la naturaleza sensible del hombre, es la contradicción en su línea de conducta respecto á la sensualidad. Por una parte, hay un inmenso ejército de abogados defensores de la carne, que ponen toda la felicidad del hombre y su deber único en procurarse una vida dulce aquí en la tierra. Es curioso ver qué ruta se sigue, y qué motivos se alegan para hacer al hombre esclavo de la vida sensual. ¿Se trata de arte ó de poesía? Pues seguros estamos de oír que sólo prosperaron en el terreno de la sana sensualidad. Des-tutt de Tracy nos enseña ya, desde el punto de vista del derecho y de la filosofía, que la ley natural exige que satisfagamos nuestros deseos. <sup>(2)</sup> En nombre de la moral, y aun en el del amor á la patria, Charrón nos aconseja es-

(1) Máximo Tyr., 3, 2.

(2) J. H. Fichte, *Die philos. Lehren von Recht, Staat und Sitte* (Ethik, I), 623.

tudiar, gustar y rumiar esa vida; sólo de esta manera testificamos á quien nos la dió el agradecimiento que le es debido, y satisfacemos los puros designios de la naturaleza, que quiere servirse del placer para entusiasmarnos en el cumplimiento de nuestro deber. <sup>(1)</sup> Como apóstoles del progreso, Saint-Simon <sup>(2)</sup> y Fourier <sup>(3)</sup> predicán que no llegaremos á hacer verdaderos hombres civilizados si no comenzamos por restablecer en sus derechos á la carne, tan injustamente desdeñada, oprimida y perseguida. Rousseau indicó el método que debe seguirse en la educación moderna, enseñando que el cuerpo debe tener fuerza si quiere obedecer al alma; cuanto más débil, tanto más exigente es; sólo cuando es fuerte, puede cumplir las órdenes del espíritu. <sup>(4)</sup> Por fin, el representante más elogiado de la teología protestante moderna, Ricardo Rothe, introdujo en la ciencia las enseñanzas de Rousseau. <sup>(5)</sup>

Por otra parte, las más nobles inteligencias del paganismo <sup>(6)</sup> y muy especialmente nuestros santos <sup>(7)</sup> y nuestros doctores <sup>(8)</sup> están convencidos de que el excesivo vigor de la carne produce el enervamiento del espíritu; pues si el cuerpo es muy vigoroso, sus instintos se hacen desordenados, y entonces el alma fácilmente se debilita. La experiencia de todos los pedagogos, experiencia de que cada cual fácilmente encontrará en sí la confirmación, atestiguan que cierta contención moderada de la excesiva exhuberancia física es indispensable, si se quiere dar al espíritu fuerza y energía.

De tal modo es seguro esto, que muchos, en su lucha con la naturaleza sensible, olvidan la prudencia y la reflexión. Los más extremados en este concepto son los budistas y los

(1) Charron, *De la sagesse*, 2, 6.

(2) Julio Schmidt, *Gesch. der franzoes. Lit.*, (1) II, 581.

(3) *Id.*, II, 587.

(4) Rousseau, *Émile*, I, 1. (Œuvres, 1791, X, 72).

(5) Rothe, *Ethik*, (2) III, 471, 209.

(6) Valerio Máximo, 9, 12, 20.

(7) *Vitæ Patrum*, 5, 10, 17.

(8) Bernardo, *Cant.*, 29, 7; *Epist.*, 254, 5.

brahmanes, que, llenos de furor insensato, no purifican la sensualidad, no debilitan, como podría creerse, el mal que se deslizó en la naturaleza, sino que quieren inutilizar el cuerpo y sus fuerzas, para ahogar el placer que le es inherente. También se encuentra á veces entre los cristianos un ascetismo equivocado que cree no poder extinguir el fuego de la pasión sensual sino aniquilando la naturaleza sensible. El ilustre Orígenes fué una víctima de este error.

En una palabra, si quisiéramos citar un punto del que se apartasen cuanto es posible unas de otras las opiniones de los hombres, y en que aun gente bien intencionada cometiese á veces errores considerables, nos bastaría mencionar la naturaleza sensible del hombre.

**11. Sólo por la lucha puede convertirse en sana la sensualidad.**—Esta curiosa contradicción nos dispensa de probar más detenidamente que no hay parte alguna en la naturaleza humana en que aparezca una corrupción tan profunda como en la sensible.

Pero resulta de ello que la ruina de la humanidad debe necesariamente producirse si se considera sana la sensualidad y se obra conforme á esa denominación. Es fácil convencerse de que la carne no tiene derechos ilimitados y que no debe gozar una libertad absoluta, con sólo examinar la vida de los más violentos defensores de esos pretendidos derechos.

Sí, tan sólo hay un medio para hacer sano al hombre: la lucha decisiva contra la sensualidad. No es difícil comprenderlo; pero la dificultad está en saber hasta donde debe llegar la necesaria supresión de la sensualidad.

Nadie negará que un furor insensato contra ella, como lo enseña y practica el Brahmanismo, conduce por lo menos al orgullo intelectual, si es que no procede de él; y no es ciertamente á propósito para establecer un legítimo acuerdo entre el espíritu y los sentidos, y guiarlos hacia un mismo fin de perfección humana.

Sabemos también que la simple mortificación exterior, á